



¿EN DONDE CAYO LA SEMILLA?

Lucas 8: 4-15

Antes de explicar la parábola del sembrador permítame explicar algunas cosas con respecto al significado y propósito de las parábolas. La parábola era uno de los métodos de enseñanza favoritos del Señor Jesús. Es como un cuento o historia corta, pero no es una fábula. La diferencia está en que la fábula narra un hecho ficticio, como los cuentos de hadas o de dragones; en cambio, la parábola narra hechos que son creíbles porque se atienen a la realidad. Alguien la definió como “una historia terrenal con un significado celestial”.

La palabra *parábola*, en griego, significa literalmente *una cosa colocada o arrojada al lado de otra*. El sentido es de comparar una cosa con otra. Por eso comúnmente el Señor Jesús empezaba Sus parábolas con la pregunta “¿a qué compararemos el Reino de Dios o a qué se parece el Reino de Dios?”, u otras frases similares. La parábola compara cosas tomadas de la naturaleza o de la vida cotidiana para enseñar una verdad espiritual. Nos lleva a entender lo desconocido partiendo de lo conocido (Sal. 78:2)¹. Por eso es muy importante aclarar que las parábolas no se interpretan ni se aplican literalmente. Lo que se interpreta y aplica es la enseñanza de la parábola.

¿Por qué enseñaba el Señor Jesús en parábolas? Una vez le hicieron esa pregunta. Él contestó: “...*Porque a vosotros os es dado saber los misterios del Reino de los Cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; Y viendo veréis, y no percibiréis*” (Mt. 13:10-14). En primer lugar, y hablando de un modo espiritual, estaba profetizado que así enseñaría. En segundo lugar, y hablando de un modo humano, era una muy buena precaución del Señor para no provocar innecesariamente a sus enemigos, al presentar la verdad en una forma que careciera de significado para ellos. Como no entienden nada, no tienen nada de que acusarlo. Sólo los que tienen disponibilidad para escuchar y creer, aquellos

¹ “Abriré mi boca en proverbios; Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos” (Sal. 78:2).

Pastor Oscar Salinas

que tienen hambre y sed de conocer a Dios y a Su Palabra, podrían entender. En otras palabras, las parábolas revelan la verdad a aquellas personas que están con un corazón dispuesto, pero al mismo tiempo, esconden esa misma verdad a los opositores y perseguidores, cegando las almas de aquellas personas que no están dispuestas a aceptar esa verdad. El mensaje de hoy es entonces una muy buena prueba para los que estamos aquí y para todos los que se dicen creyentes en Cristo.

El Señor Jesús enseñaba usando figuras de la vida diaria o del campo, a diferencia de Pablo que enseñaba mayormente usando figuras de la ciudad. El uso de parábolas no fue un invento del Señor Jesús. En el Antiguo Testamento y en la literatura antigua se encuentra este método de enseñanza. En la parábola del sembrador usa la figura del campo para ilustrar lo que Él quiere enseñar, tanto hace dos mil años, como hoy. Esta parábola se encuentra en los tres Evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas.

No hay que ser agricultor para saber que una buena cosecha requiere de buena semilla, buen abono, riego constante y muchos cuidados. Quien cultiva la tierra sabe que por más que quiera, por más que desee que crezca ya la semilla, no podrá ser esto posible. La semilla sigue un proceso que toma un tiempo para dar fruto. Pero todo depende del estado o la condición de la tierra para que la semilla dé fruto o no.

Hay algo muy curioso que sucede con el bambú japonés y que lo transforma en no apto para impacientes: Usted siembra la semilla, la abona, y se ocupa de regarla constantemente. Durante los primeros meses no sucede nada apreciable. En realidad no pasa nada con la semilla durante los primeros siete años, a tal punto, que un cultivador inexperto estaría convencido de haber comprado semillas malas, infértiles. Sin embargo, durante el séptimo año, en un período de sólo seis semanas la planta de bambú crece más de 30 metros (casi 100 pies).

La pregunta sería: ¿Tardó sólo seis semanas crecer? La respuesta es no. La verdad es que se tomó siete años y seis semanas en desarrollarse. Durante los primeros siete años de aparente inactividad, este bambú estaba generando un complejo sistema de raíces que le permitirían sostener el crecimiento que iba a tener después de siete años.

Sin embargo, en la vida cotidiana, muchas personas tratan de alcanzar el éxito encontrando soluciones rápidas, triunfos apresurados, sin entender que el éxito es simplemente el resultado del crecimiento interno y que éste requiere tiempo. Quizás por la misma impaciencia, muchos de aquellos que aspiran a resultados en corto plazo, abandonan de repente lo que hacían justo cuando ya estaban a punto de conquistar la meta, pero no se dieron cuenta. Es tarea difícil convencer al impaciente de que sólo llegan al éxito aquellos que luchan en forma perseverante y saben esperar el momento adecuado. Por eso tenemos que apoyarnos y creer con todas nuestras fuerzas lo que el Señor nos enseña en Su Palabra.

Con esto en mente, entremos a nuestro relato Bíblico de hoy.

“Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a Él, les dijo por parábola:” (v.4).

El Señor Jesús se encuentra en la parte final del Año de Popularidad de Su ministerio. Por eso ahora son multitudes los que escuchan Su mensaje. Venían de todas partes a verlo y escucharlo, algunos con intereses sanos de conocer más de Dios y cambiar sus vidas, y otros con intereses egoístas, para ver qué conseguían. Muchos no se cansan de escuchar Palabra de Dios, mientras que a otros les aburre. Buscar al Señor, con diferentes motivaciones e intereses, buenas y equivocadas, sigue siendo así en la iglesia hasta el día de hoy.

“El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga” (vv.5-8).

Si notamos bien, la parábola no se trata tanto del sembrador ni de la semilla, sino del estado del terreno en donde cayó la semilla que sembró el sembrador. La productividad de la semilla no depende ni de la habilidad del sembrador porque el sembrador siembra por todas partes, ni de la semilla, porque la semilla es la misma. La productividad depende del suelo en donde cayó la semilla. Así mismo sucede con el Evangelio, como nos lo va a explicar el Señor más adelante (vv.11-15). La eficacia del Evangelio

Pastor Oscar Salinas

no depende ni del sembrador ni de la semilla, sino del terreno en donde se sembró. El terreno representa a la persona o al corazón de la persona. La clase de terreno habla de la clase de persona en la que se sembró la semilla del Evangelio de Cristo.

Probablemente el Señor les contó esta parábola a Sus discípulos para enseñarlos a no desanimarse cuando vieran que gran parte de la gente rechazaba el Evangelio y al mismo tiempo darles ánimo para asegurarles que, si ellos permanecían firmes y fieles en sembrar, sin importar los rechazos, ni aún los fracasos, verían una cosecha abundante. Pablo dice que del tamaño de tu siembra es tu cosecha (2Co. 9:6).

“Y Sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? Y Él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan” (vv.9-10).

Ya hablé del doble efecto de una parábola dependiendo de la disposición de la persona para escuchar la verdad; puede revelar la verdad o puede esconder la verdad y por eso entienden o no entienden. Pero, ojo con esto que acabo de decir. El simple hecho de no entender no significa que una persona sea ciega y sorda a las verdades espirituales. Los discípulos del Señor no entendieron tampoco y eso no los hacía despreciables ni desechados. Los discípulos sencillamente hicieron lo que todo discípulo debe hacer cuando no entiende o cuando no le queda claro algo que le fue enseñado: preguntar. No preguntar hace que si algo no le suena bien entonces no lo recibe y además que ande buscando quién más comparta su opinión generando división. Al mismo Señor Jesús le pasó esto cuando algunos discípulos se separaron al escuchar la fuerte enseñanza acerca del Pan de Vida (Jn. 6:60-69). Pero estos discípulos sí preguntaron y ahora el Señor les va a explicar:

“Esta es, pues, la parábola: La semilla es la Palabra de Dios. Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la Palabra, para que no crean y se salven. Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la Palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la Palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (vv.11-15).

Lucas registra que la semilla es la Palabra de Dios y las diferentes clases de terreno son las diferentes clases de personas de acuerdo a su corazón. En otras palabras el corazón es el terreno. Marcos dice que el sembrador es simplemente quien siembra; es decir, puede ser cualquier creyente (Mc. 4:14). Veamos esa cuatro clase de terrenos o corazones:

1. Los de junto al camino. Estos son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la Palabra, para que no crean y se salven (v.12).

Estos son los que en algún momento escucharon la Palabra pero fueron indiferentes porque fue más fuerte su apego al estilo de vida que llevan; estilo de vida de pecado que no están dispuestos a dejar. Tienen demasiados intereses personales, pero entre sus intereses no está Dios porque creen que no lo necesitan.

También son aquellos que se niegan a escuchar porque luego les da vergüenza que los cataloguen como “aleluyas”, “fanáticos”, “religiosos”, etc., y se niegan a seguir al Señor. Y también son los que piensan que el cristianismo es una religión más, igual que las demás y que toda religión te lleva a Dios. Si acaso siguen alguna, seguirán la que más se adapte a su estilo de vida, en donde no sientan ni exigencias ni compromisos y en donde les hablen solamente lo que quieren escuchar y no lo que necesiten escuchar. El cristianismo demanda compromiso y entrega con Dios, con Su Palabra y con Su obra

2. Los de sobre la piedra. Estos son los que habiendo oído, reciben la Palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan (v.13).

Estos son los oyentes emocionales y superficiales. Esta es una figura típica en Palestina. Se refiere a una delgada capa de tierra sobre terreno de piedra. Este terreno se calienta muy rápido por el sol y la semilla germina rápido, brota rápido. Sin embargo, no puede echar raíces profundas que buscan agua y humedad porque está sobre piedra y pronto se marchita y muere.

Así hay muchos oyentes; reciben el Evangelio con gozo, pero su reacción es puramente superficial y emocional. Y mientras que todo vaya bien para ellos están allí contentos, pero cuando las pruebas y las dificultades vienen tropiezan, caen y se alejan de nuevo porque no echaron raíces profundas.

Pastor Oscar Salinas

Marcos agrega la frase: “...y brotó pronto” (Mc. 4:5). Estos son aquellos que comienzan con mucha fuerza, con mucho ánimo, con muchas esperanzas, pero cuando las cosas no van bien se “desinflan”, se desaniman, culpan a los demás y se alejan. Tampoco echaron raíces.

3. Los de entre espinos. Estos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto (v. 14).

Estos son los creyentes carnales. Es decir, los que viven con un pie en el Reino y el otro en el mundo. Dicen ser creyentes pero su estilo de vida refleja lo contrario. Aparentan o quieren aparentar cierta espiritualidad, pero nunca tienen tiempo para el Señor porque están muy ocupados en las cosas materiales y por eso no producen fruto.

El Señor Jesús dijo que no se puede servir a dos amos porque amaría a uno y terminaría aborreciendo a otro (Mt. 6:24 / Lc. 16:13), y que no se puede ser tibio, es decir, ni frío ni caliente, porque será vomitado por Dios (Ap. 3:15-16).

En estos tres primeros casos, la Iglesia debe permanecer firme y caminando a pesar de los rechazos y a pesar de las deserciones o abandonos. Ya vendrá el fruto a su tiempo si no desmayamos, como dijo el Apóstol Pablo a la iglesia en Galacia (Gál. 6:9).

4. Los de buena tierra. Estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia (v. 15).

Estos son los que abren su mente y su corazón al Evangelio y por eso lo entienden. Son quienes reconocen su pecado y su necesidad de salvación, piden perdón a Dios y entregan sus vidas al Señor Jesucristo. Son los que caminan con el Señor y sus vidas comienzan a ser transformadas porque tienen hambre y sed de saber más de la Palabra y comienzan poco a poco a dar fruto desarrollando los dones y talentos que el Señor les dio.

Estos son los salvos, los verdaderos creyentes en Cristo, es decir, aquellos que dan fruto. Marcos agrega que ese fruto en algunos es al 30, en otros al 60 y en otros al 100% (Mc. 4:30). Al Señor no le sorprende ninguna cantidad; lo único importante es que den fruto.

El Señor Jesús terminó la primera parte del relato con la frase: “... *El que tiene oídos para oír, oiga*” (v.8). Aunque el mensaje era para todos (la multitud), el Señor sabía que no todos lo iban a escuchar. Por eso esta

Pastor Oscar Salinas

frase significa mucho más que simplemente oír; el Señor lo que quería era que entendieran y aplicaran su enseñanza. La palabra griega usada para oír (akoúo), es muy parecida a la palabra que se usa para decir obedecer (hypakoúo). Primero debe existir la disponibilidad para escuchar la Palabra, luego creerla y aceptarla por fe y finalmente el deseo de ponerla en práctica y dar fruto. Esta es la vida de un verdadero creyente en Cristo. La Palabra de Dios es para todos, pero infortunadamente, no todos la recibirán.

Conclusión.

Esta parábola cobra una importancia muy grande para nosotros porque aplica de dos maneras: una como congregación, y otra en lo individual. En primer lugar, como congregación, el Señor, como lo hizo con Sus discípulos, también a nosotros nos dice que no nos desanimemos si no estamos creciendo por ahora; que no nos desanimemos si hemos invitado a familiares, amigos y conocidos para que vengan a la iglesia y conozcan a Cristo y no vienen o vienen y se van. Nos dice que no nos desanimemos cuando salgamos a Evangelizar y muchos rechacen la Palabra, rechacen siquiera escucharnos y aún nos insulten. Recuerde, el problema no es el sembrador ni la semilla; el problema es la tierra en donde se siembra y eso solamente es asunto del Señor y la persona. Hoy el Señor nos dice lo mismo que a Sus discípulos: si no nos desanimamos, si pese a los fracasos que experimentemos continuamos trabajando, veremos los frutos abundantes que Él dará. Como alguien dijo una vez: *“la hora de Dios viene, y con ella la bendición de una cosecha abundante que sobrepasa toda esperanza”*. Yo lo creo y lo declaro como una verdad para la iglesia Sublime Gracia.

En lo individual, es un llamado a evaluarnos a nosotros mismos. Sinceramente deberíamos de preguntarnos cada uno de los que estamos aquí, ¿con cuál de los cuatro terrenos me identifico yo? ¿Soy acaso un oyente indiferente que no desea que Cristo me transforme, que no está dispuest@ a dejar la vida que llevo?, ¿un@ que busca excusas para no comprometerse con el Señor, para no entregar mi vida a Cristo?

¿Soy un oyente emocional que fue cautivado por algo que pasó en la iglesia, pero no necesariamente por mi reconocimiento de ser pecador y mi necesidad de salvación? A algunos los motiva a venir la alabanza en el



Pastor Oscar Salinas

Culto o ciertas actividades que se realizan en la iglesia, o por el deseo de ver y estar con alguna persona, pero cuando las cosas van mal, nada de lo que le motivaba a venir le será suficiente y empieza a alejarse porque no pudo echar raíces, porque la semilla cayó en tierra que estaba sobre roca. Tal vez soy un oyente emocional porque solamente cuando las cosas van bien conmigo me siento motivad@ a venir a la iglesia, a participar en las actividades y a servir en la obra; pero cuando las cosas van mal, cuando no me gusta cómo se están dando las cosas inmediatamente empiezo a faltar o me la paso visitando otras iglesias para no estar en la mía.

¿Qué clase de oyente soy? Tal vez soy uno que vive con un pie en el Señor y con otro pie en el mundo. Entre semana no tengo tiempo de ocuparme de las cosas de Dios porque estoy ocupad@ con otras cosas. Entre semana no tengo tiempo para ocuparme de mi vida espiritual, de mi crecimiento en la fe, del trabajo en la obra, pero sí tengo tiempo para otras cosas. “Curiosamente”, mis actividades recreativas y personales tan importantes son justamente en el tiempo y hora de las actividades de la iglesia. Pero el domingo, si vengo, soy otra cosa y muestro una espiritualidad y una actitud bien diferente de lo que soy entre semana.

O tal vez soy un@ de es@s que humildemente ha escuchado el mensaje sin criticar ni defenderme a mí mism@. Soy un@ de es@s que ha creído y ha entregado su vida a Cristo y ahora tengo hambre y sed de escuchar la Palabra y de servir en la obra y estoy dando fruto. Dar fruto no significa necesariamente que traigo personas a la iglesia. En todo caso, dar fruto significa que presento el Evangelio a las personas lo reciban o no. Dar fruto significa que están habiendo cambios positivos en mi estilo de vida, que ya no soy el o la mism@ de antes y que los demás que me conocieron antes lo han notado. Finalmente, dar fruto significa que pongo al servicio del Señor los dones y talentos que me ha dado.

Ante los ataques de satanás que sigue cobrando víctimas, aún entre los elegidos, la pregunta obligada es: ¿En dónde cayó la semilla que una vez se plantó en usted y en mí? Amén... Vamos a orar.